

# Sermón de las Siete Palabras



Rvdo. Sr. D. José Heras Rodríguez  
Párroco de Santiago Apóstol y el Santísimo Salvador  
y Consiliario de la Cofradía

Valladolid, Viernes Santo de 2013



Cofradía de las Siete Palabras



**U**ne tu pie al caudal, buen peregrino,  
de hombres que sus pasos encadenan  
a la **Plaza Mayor**, donde ya suenan  
**Siete Palabras**, verbo adamantino.

**Oye, Valladolid**, cómo el divino  
**Hijo del hombre** clama mientras penan  
su madre y el amigo y le condenan  
a la noche los labios del destino.

**Septem verba**: no queda ya consuelo  
en el cuerpo de **Dios**, cordero herido  
que pide en su agonía gracia al cielo.

**Septem verba**: no dejes al olvido  
esta lección de lágrima y de duelo.  
**Es Viernes Santo**. Todo se ha cumplido.

**Con Licencia del Rvdo. Prelado**, hago saber:

Que al mediodía de hoy, **Viernes de la Cruz**, ante todas las autoridades locales,  
**Cofradías Penitenciales** y pueblo fiel, congregados en la **Plaza Mayor**,  
expondrá las **Siete Palabras** que **Cristo** nuestro bien dijo desde la **Cruz**,  
el **Rvdo. Sr. D. José Heras Rodríguez**, **Párroco de Santiago Apóstol** y el  
**Santísimo Salvador** y **Consiliario** de la **Cofradía**.

**Valladolid, Viernes Santo de 2013.**

*“Verdaderamente este hombre era hijo de Dios”* (Mc 15,39). Fue el grito del centurión romano que estaba enfrente de Jesús al expirar. Su respuesta a las Siete Palabras de JESÚS que escuchó desde el corazón. La confesión de fe de un pagano que vio, oyó y creyó.

También yo confieso en este Año de la Fe, en esta mañana de Viernes Santo y en esta Plaza Mayor, lugar de autos de fe, que el que grita las Siete Palabras es Jesús, Cristo, Hijo de Dios y Salvador.

Confieso, con mis debilidades y espaldas dobladas, que Cristo es el verdadero ECCE HOMO, el que endereza a las personas, familias, ciudades y naciones que ya se doblan. Profeso con gozo y gratitud la fe en Jesucristo. Es el mayor regalo transmitido por mis padres y catequistas.

Queridos hermanos. Hemos venido a escuchar las palabras de Jesús crucificado, el que siendo de condición divina se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo. Saludo en primer lugar a los que más sufrís el peso de la cruz, presentes acá o allá y a todos los que seguís este acto a través de las ondas. Saludo a todos los presentes: Sr. Arzobispo, autoridades civiles, militares y eclesiásticas que servís al bien común, cofrades (especialmente a los de las Siete Palabras a quienes agradezco su invitación para pregonar hoy a Jesucristo) y vallisoletanos en general. Todos somos humildes peregrinos.

Proclamo las palabras del maestro como Párroco de Santiago y dando voz a varias personas. Me presento débil y me glorío en esas debilidades. Solo deseo que Él sea glorificado.

En la película *“La rosa púrpura del Cairo”* se introduce a los espectadores como actores para que nadie esté pasivamente. Aquí estamos personas de diversa edad y experiencia de fe pero todos estamos invitados, en este atrio de los gentiles, a participar en la siembra de valores.

Cristo, en su momento de agonía, nos ama hasta el extremo, nos introduce en su pasión y nos regala siete palabras. *“Septem Verba”* como subraya el soneto del pregón.

Siete palabras de rescate (en tiempos apasionantes de rescatar economías), siete legados de testamento o mejor siete semillas de perdón, de paraíso, de familia... que caen una tras otra del árbol de la cruz y que pueden germinar, en el asfalto de esta Plaza Mayor y en el corazón de cada uno para mejorar esta tierra. Siete Palabras del Maestro, desde el púlpito de la cruz, para la nueva evangelización y nueva creación. Siete palabras, siete gritos dirigidos al Padre y a los hermanos en este Calvario como las siete

peticiones del Padre Nuestro dichas, según San Mateo, en otro monte. Siete palabras que muchos han escuchado y plasmado en música (como Dubois o Haydn), en pintura, en las grandes obras escultóricas que nos presiden y que son más que obras de arte: tienen alma. Son palabras vivas, de unas comunidades que han profundizado las grandes cuestiones, siempre actuales del amor y el miedo, la vida y la muerte, Dios y la persona, la crisis y el bienestar. Siete palabras que revelan la identidad de la única Palabra: el Verbo hecho carne. No son siete retazos o fragmentos. Tienen una unidad y reflejan una vida. No son palabras improvisadas sino maduras en su oración. Nosotros, hoy, no sólo las recordamos sino que las hacemos vida. Siete palabras atestiguadas por el que es CAMINO, VERDAD y VIDA.

Varios autores afirman que si el primer milenio cristiano fue el de la palabra y el segundo milenio el de la imagen, el tercer milenio será el del testimonio. Aquí está Cristo que es palabra, rostro y testigo. Es Verdad en su Palabra, Belleza en su imagen y Vida en su actuar.

Siete palabras acompañadas de tres profundas miradas: a los que le rodean, al Padre y a si mismo. Con los ojos fijos en Él, como en la sinagoga de Nazaret y con el corazón en ascuas porque “lo esencial es invisible a los ojos” miremos al varón de dolores y escuchemos al Señor para entrar por la puerta de la fe, siempre abierta, y confesar CREO.

### **PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN**

*“Y cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,33-34)*

Del árbol de la cruz donde está clavada la salvación del mundo, cae el fruto del perdón del Padre. “De ti, madero santo nos viene la redención”.

Las palabras primeras de Jesús Crucificado no son para gritar su sufrimiento. Le duele más el sufrimiento de los demás.

Según la costumbre judía se exhortaba al delincuente a que, antes de la ejecución pronunciara el voto expiatorio. ¡Que mi muerte sea expiación por todos mis pecados! En el caso de los mártires, la confesión de los propios pecados era sustituida por la intercesión a favor de Israel (Macabeos).

También Jesús, mártir entre los mártires, en vez de voto expiatorio pronuncia una oración que aplica a otros la virtud expiatoria de su muerte. A otros pero no a Israel sino a sus verdugos.

No se halla precedente de esto en el martirologio judío. “Y llevó los pecados de muchos e intercedió por los culpables” Is 53,12.

Pendiente de la cruz oye los insultos de los paseantes, la burla de las autoridades, el silencio pasivo y apático de la gente que estaba allí mirando y en vez de quejarse y pedir venganza contra ellos, rompe su silencio para hablar con el Padre bueno y pedir el perdón.

En esta oración no se acuerda de sus penas ni pide ayuda en su aflicción. Pide perdón sin nombrar a nadie porque no quiere excluir a nadie.

A cada golpe responde con perfumes y flores. PERDÓNALOS

Perdón a los que se burlaron, lo clavaron en la cruz y echaron a suerte sus vestidos.

Perdón a Pilato que pronunció la sentencia y se lavó las manos. A los que gritaron “crucifícalo”. Perdón a los sumos sacerdotes y letrados que falsamente lo acusaron. Perdón a los apóstoles que lo abandonaron, a Pedro que lo negó y a Judas que lo entregó. Perdón al primer hombre y a su descendencia porque “cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom 5,10) Jesús pone en práctica su mensaje: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian” (Lc 6,27-35). Perdonad hasta setenta veces siete. Y DISCULPA: no saben lo que hacen. Así es el Padre: misericordioso. El Dios del perdón y del amor que “disculpa sin límites”, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites”. El “Dios que no envió a su Hijo al mundo para que lo juzgara, sino para salvarlo” (Jn 3,17) Jesús nos lo revela o mejor nos lo entrega: “Mi Padre y vuestro Padre”. Perdón ¿para qué sirve? Teresa de Calcuta nos dice “La mayor enfermedad hoy en día no es el sida ni la lepra ni la tuberculosis sino más bien el sentirse no querido, no perdonado, no cuidado y abandonado. El mayor mal es la falta de amor y caridad, la terrible indiferencia hacia nuestro vecino que vive al lado de la calle, asaltado por la explotación, corrupción, pobreza y enfermedad”. Acoger el perdón de Jesús enseña a perdonar y perdonarse, a sanar muchas heridas y a responder con la máxima justicia, como Zaqueo que devuelve lo robado y da la mitad de sus bienes a los pobres. Acoger el perdón que brota del madero de la cruz lleva a tener los sentimientos del Corazón de Cristo y a ser sus testigos, como los mártires en el ejemplo de Esteban que al morir apedreado grita :”Señor, no les tengas en cuenta este pecado” (Hch 7,60).

Apúntate a esta apuesta atrevida de Jesús, a esta cultura de la misericordia entrañable. Es la salida a toda crisis y una forma nueva de afrontar conflictos porque nada pesa tanto como la incapacidad de perdonar.

Mirando a Jesús o mejor por Cristo, con Él y en Él nos dirigimos al Padre y profesamos:

CREO EN DIOS PADRE, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Dios Padre que no envía a nadie a la hoguera. Que está ganoso y gozoso de estar con sus hijos. Que nos ha creado para hacernos partícipes de su felicidad. Alabo, especialmente con S. Francisco de Asís, al Creador que no abandona la obra de sus manos y llama cada jornada a recrear el mundo.

Creo en Dios “cuya omnipotencia es universal, porque Dios ha creado todo, rige todo y lo puede todo; es amorosa, porque Dios es nuestro Padre; es misteriosa, porque sólo la fe puede descubrirla cuando se manifiesta en la debilidad” (Catic 268).

Creo en Dios origen, guía y meta del universo que quiere sea el mundo una gran casa y familia.

Creo en Dios que perdona siempre y hace salir el sol sobre todos. Creo en el Dios revelado por Jesús.

### **EN VERDAD TE DIGO: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO**

*“Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: “¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros”. Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: “¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio éste no ha hecho nada malo”. Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Jesús le dijo: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,39-43)*

La cruz, árbol de perdón, se convierte en puerta que lleva al paraíso, o mejor Jesús es la puerta. Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios el paraíso dejó de ser un jardín. Se escondieron, se acusaron y la tierra produjo cardos. Dios salió al encuentro y en Cristo nos abrió todas las puertas.

Las tres cruces parecían iguales y los tres crucificados parecían morir igual. Pero los que miran de cerca descubren que uno de ellos da la salvación. Es el que tiene el letrero: INRI, es Jesús, el Nazareno y Rey de los judíos. Un ladrón acoge esa salvación y el otro la rechaza. Dimas sabe aprovechar la oportunidad y el perdón pedido al Padre en la primera palabra resuena en él.

San Agustín dice que lo del ladrón es una profesión de fe “lo llama Jesús y Señor, para mostrar que se considera a sí mismo como un siervo, como

esclavo redimido y que Cristo es su Redentor”.

San Anselmo llama a Dimas venerable confesor y glorioso mártir que ya está en el paraíso porque está con Cristo y donde Él está allí está el paraíso.

El Apóstol Santo Tomás declara que no creerá en la Resurrección hasta que no haya visto y tocado a Cristo; el ladrón, contemplando a Cristo sujeto a un patíbulo, no duda de que Él será Rey después de su muerte por eso le pide “Acuérdate de mi cuando llegues a tu reino”.

Jesús no tiene buena memoria. Si hubiéramos sido tu o yo, le habríamos contestado: No te olvidaré, pero tus crímenes tienen que ser expiados, al menos con veinte años de purgatorio.

Sin embargo Jesús le responde: Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso. Hoy: ¡Qué prontitud! - Conmigo: ¡Qué compañía! - En el paraíso: ¡Qué descanso! Jesús tiene palabra con autoridad porque no enseña como los demás. LO ASEGURA. Amén (Ap 22,20)

Es HOY: como el hoy de la sinagoga de Nazaret donde lo primero que toca su corazón es el dolor, la injusticia que sufren los pobres y arruinan sus vidas. Hoy Dimas, el ladrón, siente latir esas entrañas de misericordia.

Si los pobres no perciben en la vida de la Iglesia y de los cristianos algo bueno estamos más lejos de Jesús que el ladrón. Si la Iglesia de hoy, nosotros, nos contentamos con los llamados buenos y no salimos a los caminos a escuchar y a invitar a la mesa estamos lejos del Señor. ¿El nuevo Papa, con su nombre de Francisco, no nos está indicando el mayor compromiso de la Iglesia con los pobres? Es algo que está en la raíz y en la dimensión social de nuestras cofradías. Es algo troncal de nuestra fe.

En este tiempo de crisis económica y de rescates, con grandes intereses, Cristo nos rescata sin pedirnos nada a cambio. Nos rescata hoy, tiempo nuevo de gracia.

Hoy puedes empezar una vida nueva, aunque nadie crea en ti. Si todos te consideren un fracasado para mi no lo eres, yo te sigo amando intensamente. Estarás conmigo. Mi nombre es “Yo soy”.

Ese conmigo se convierte en un agarradero y puerta abierta a la esperanza. Cree en la promesa.

Cuando la soledad parece impenetrable dos vidas se encuentran, apoyan e intercambian palabras de esperanza. Es un verdadero beso y encuentro. El beso de Dimas y el Maestro es de paz y simboliza el beso a cualquier víctima; un beso muy distinto al de Judas. Es el beso de José, anticipo del Mesías, a todos los hermanos que lo han vendido. ¿Son así los besa pies, en nuestras cofradías?

Hay momentos en la vida en que preferimos encerrarnos en un muro impenetrable. Que nadie nos bese, vea llorar, cargue con nuestra tristeza. Nos necesitamos. Es necesario tener alguien en quien apoyarse.

¿Y el Paraíso? es “tener la luz, la paz, la casa juntas” (M. Descalzo). No son los paraísos turísticos y menos los fiscales que engañan con la felicidad y crean más barreras de injusticia. El paraíso que no engaña es el que lleva a la verdad y ese es Jesucristo.

Con los ojos fijos en Él confieso:

CREO EN JESUCRISTO, hijo único de Dios, que descifra el misterio de Dios y del hombre. Creo en Jesucristo que pasó haciendo el bien y predicando el Reino de Dios. Creo en Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte. Creo en Jesucristo que camina con nosotros y regala el paraíso. Es el Señor.

### **MUJER AHÍ TIENES A TU HIJO....AHÍ TIENES A TU MADRE**

*“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la recibió como algo propio” (Jn 19,25-27)*

La cruz, árbol y puerta se convierte en casa y de ella brota el fruto de la nueva familia: la Iglesia. Donde muere el Hijo nacen innumerables hijos y hermanos y en el lugar de la muerte, la Calavera, brota un manantial de vida, germina la Iglesia.

Cerca de los crucificados se permitía estar a los familiares. Y las madres siempre están junto a las cruces de sus hijos ¿pasa lo mismo cuando los padres están en la cruz del dolor, de la ancianidad? Jesús, después de mirar a los verdugos y a los malhechores ajusticiados con él, pone la mirada en su madre y en el discípulo amado.

En su madre. Si en la vida pública Jesús parece alejarse de ella y en las bodas de Caná le había dicho: “Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora” (Jn 1,4). Si había dicho “Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21). Ahora ¿por qué la quiere próxima en el tiempo del dolor? Es mucho más que preocuparse por su futuro material dejando su cuidado a Juan.

*Es como una segunda anunciación, una segunda propuesta que Dios la hace. María vuelve a decir Si a Dios acogiendo como hijos a los asesinos de su Hijo. Y Jesús, o mejor la Santa Trinidad nos entrega el regalo más preciado:*



a María, la mujer en toda su feminidad, ternura, humildad, compasión, encarnada en su pueblo. A María, madre de la Iglesia y legado para la humanidad.

Toda la vida de María ha estado al servicio del proyecto de Dios: de la Encarnación y la Redención. Y sigue con su entrega a la nueva familia: con su Sí junto a la cruz nos acepta como a hijos para hacer con fidelidad y ternura el ministerio de madre: amar, cuidar, escuchar, esperar, transmitir la fe, sacrificarse, sentar a la mesa a los hijos y hacer que crezcan como hermanos. Bien sabéis de esto las madres. Unos padres, con los hijos en paro me decían: “Los padres se tienen para lo que haga falta. Somos amparo y apoyo siempre y más en situaciones difíciles, en momentos de “yo débil” y con bajas defensas. El reencuentro familiar corrige el camino moral pues la sociedad se corrompe cuando se rompen los vínculos familiares”

¿Y Juan, el discípulo amado? Se llevó a casa a la que conservaba todo lo de Jesús en el corazón. Según la tradición es el que deja las redes para seguir al Maestro; el que experimenta el gozo del Tabor y la agonía de Getsemaní; el que “estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús” (Jn 13,23); el que corre más y llega primero al sepulcro vacío (Jn 20,4); el testigo que presenta a Jesús en el Evangelio como el “YO SOY” y también con siete palabras o imágenes que formulan la salvación que trae: Yo soy el Pan de vida, la Luz del mundo, la Puerta, el Buen Pastor, Camino-Verdad y Vida, la Resurrección y la Vid verdadera. Es el discípulo amado que da testimonio de lo visto y oído (Jn 21,24) y lo escribe para “que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20,31). En Juan se ha visto desde el principio a todo creyente y a toda la humanidad. Es a esa humanidad, a la comunidad naciente a la que se entrega la madre. Juan la llevó a su casa o mejor la recibió como algo propio. El papa emérito Benedicto XVI, en el encuentro de familias en Milán, invitó al “hermanamiento de familias”, a recibir, como algo propio, a alguna familia concreta que sufre. Nuestro obispo, D. Ricardo, nos urge a ello. El hacer familia es troncal en nuestra fe. “E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (Jn 19,30). Algunos interpretan que inclina la cabeza hacia la nueva familia y la entrega el Espíritu”.

Un Espíritu que está alentando a la sociedad para escuchar los gritos de desahucios y abrir las casas para todos; a las familias para cuidar no sólo lo material sino lo máspreciado que son las personas; a los cristianos para mirar más a María, Madre y modelo de la Iglesia; a la Iglesia para ser samaritana, hogar y posada para todos, especialmente de los más pobres.

Mirando al Cristo del Amparo de Gregorio Fernández, dando voz a la nueva familia y en el año de la fe: CREO en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica. Creo en la Iglesia que es la gran familia de los que creen en Jesús y lo siguen. Creo en la Iglesia, Pueblo de Dios que escucha, se deja guiar por el Espíritu Santo y es luz verdadera para los pueblos. Sueño con la Iglesia querida por Jesús. Las dos palabras que siguen son una mirada de Jesús hacia sí mismo y expresan el dolor físico por la sed y por el desconsuelo interior.

### **DIOS MIO, DIOS MÍO ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?**

*“Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: Eloí, Eloí, lema sabactani (que significa): “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” Algunos de los presentes, al oírlo decían: Mira, llama a Elías” (Mc 15,33-35)*

La cruz, árbol, puerta y casa se convierte en llave y zarza ardiente, como la que contempló Moisés y le reveló el nombre de Dios. De la cruz, nueva zarza ardiente y sin consumirse, brota el amor hasta el extremo y se nos revela que Dios es Jesús. El había dicho “Cuando levantéis al Hijo del hombre sabréis que Yo soy” (Jn 8,28).

A pesar de ser mediodía aparecen tinieblas sobre la tierra. Se va la luz cuando cortan la vida al que es la luz del mundo. Y el mismo Jesús, que quiso parecerse en todo a los hermanos, aparece en oscuridad ante la muerte y grita: DIOS MIO, DIOS MÍO ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?

Jesús que nunca ha abandonado ni dejado tirado a nadie por el camino porque ha sido el buen samaritano. Jesús que ha invitado a ir hacia él a todos los cansados y agobiados para aliviarlos (Mt 11,28) experimenta ahora el dolor y la soledad: el abandono de sus discípulos, el desprecio de su pueblo, la cobardía de Pilato, el aparente abandono del Padre y hasta la mofa de los verdugos pues creen que está invocando a Elías.

Y Jesús habla. Esta palabra que nos conmueve es un grito, una queja y una oración: es el comienzo del salmo 21 que describe los sufrimientos del Justo. “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?

A pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos.

El grito de dolor es también de confianza: Pero tú, Señor no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme... Contaré tu fama a mis hermanos”

¿Es que Dios abandona? “Sión decía: me ha abandonado el Señor, mi dueño

me ha olvidado. ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Mira, te llevo tatuada en mis palmas” (Is 49,14-16).

¿Es que Dios no llama? Ionesco decía en una entrevista: “Me arrojo sobre el teléfono cada vez que suena, con la esperanza, defraudada cada vez, de que pueda ser Dios o un ángel quien me llama”.

San Pablo dice que no sólo llama sino que “En él vivimos, nos movemos y existimos”. ¿Es que Dios no es Todopoderoso? La omnipotencia de Dios es “universal y amorosa porque Dios es Padre; es misteriosa, porque solo la fe puede descubrirla cuando se manifiesta en la debilidad” (CATIC 268)

¿Es que Dios responde sin escuchar las preguntas? En un paredón de Madrid apareció una pintada: “Jesús es la respuesta”. Debajo alguien escribió “¿Y cuál es la pregunta?” Y más abajo alguien volvió a escribir: “Si existes, Dios, ¿Por qué me has abandonado?”.

En Jesús hay respuestas. En el grito del Hijo de Dios están los gritos de todas las personas, de todos los tiempos y lugares. Los gritos de los 178 hogares cristianos quemados el nueve de marzo en Lahore (Pakistán).

El que cargó con nosotros siente a los niños de las cunas vacías, el acoso escolar, el olvido a los enfermos y mayores, el peso de la violencia, la injusticia, hambre, corrupción, emigración, mal reparto de bienes, desamor, paro, desastres naturales. También hace suyos los silencios y quejas lacerantes que se escuchan en esta querida Plaza Mayor.

Mirad las hermosas imágenes de estos siete pasos ¿no expresan esos gritos del hombre y la mujer? ¿No nos invitan a un “atrio de los gentiles”, donde creyentes o no dialoguemos y busquemos juntos?

En esta palabra Jesús revela que carga con todas las agonías y noches desoladas.

Su Iglesia, su cofrade, en esta época de contrastes, no puede taparse los oídos y mirar a otro lado porque “El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada humano que no tenga resonancia en su corazón” (G.S. 1).

Ante tantos gritos de dolor CREO en la comunión de los santos, en “la comunión en las cosas santas y comunión entre las personas santas” (CATIC 948), en la comunión de vida, bienes, carismas y gritos de abandono. Sueño con una Iglesia, unas cofradías, una ciudad, que está ardiendo (lo indican las llamas del escudo) con el fuego misericordioso de la cruz.

Pensando en los gritos de los más pobres de la tierra y en mis quejidos “por nada” doy voz a José Luis Martín Descalzo en su poema de Viernes Santo: “En esta tarde, Cristo del calvario, vine a rogarte por mi carne enferma; Pero al verte, mis ojos van y vienen de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados, cuando veo los tuyos destrozados?  
¿Cómo mostrarte mis manos vacías cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad, cuando en la cruz alzado y solo estás?

¿Cómo explicarte que no tengo amor, cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada, huyeron de mis todas mis dolencias. El ímpetu del ruego que traía se me ahoga en la boca pedigüeña. Y sólo pido no pedirte nada, estar aquí, junto a tu imagen muerta, ir aprendiendo que el dolores sólo la llave santa de tu santa puerta. Amén.”

### **TENGO SED**

*“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed” Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja, empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca” (Jn 19,28-29)*

La cruz, árbol, puerta, casa y zarza ardiente se convierte ahora en manantial de agua viva. “¡Oh cruz, fecunda fuente de vida y bendición. Victoria!” Se cantará esta tarde.

Jesús seguía orando con el salmo 21 que dice en el versículo 16: “Mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar”. Ello le pude hacer más consciente de su sed y grita “Tengo sed”. “Dice que tiene sed siendo bebida, a voz de amor y de misterios llena; ayer bebida se ofreció en la cena, hoy tiene sed de muerte quien es Vida”. (F. de Quevedo) Esta quinta frase o palabra la pronunció Jesús hacia el mediodía y en medio de las chanzas de los soldados que seguían mofándose y así se cumplió otro pasaje de la Escritura: “En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre” (Sal 69,22).

Bien lo expresa el conocido “paso grande de los nazarenos”, que ahora contemplamos en esta Plaza Mayor. El Crucificado, todavía vivo, está recibiendo la esponja que le es acercada a su boca con una lanza por un sayón. Por detrás de la cruz se encarama por una escalera otro sayón que se dispone a terminar de clavar el rótulo de INRI. Acompañando al sayón de la

lanza, se encuentra el del caldero que lleva esa mezcla de aceite que permite enjugar los labios resecaos del reo. Delante de la escena aparece un pórtico: dos sayones se sortean las ropas de Cristo". ¿Puedes, podemos identificarnos con alguno de los personajes de este paso?

Tengo sed. "Dame de beber" es la misma petición que expresó junto al pozo de Sicar a la mujer samaritana. Manifiesta su sed en el inicio y en el final de su vida y a dos extranjeros. Es la sed de los pueblos, explotados por intereses comerciales, que buscan cómo tener agua para su desarrollo; es la sed de las personas del tercer mundo que recorren caminos tortuosos para recoger agua de un pequeño manantial; es la sed de generosidad ante el egoísmo que más que el bien común quiere mejorar Mi cuenta, mi jornada laboral, mi bienestar.

Jesús que pide agua también la ofrece: Él en pie gritó el día más solemne de la fiesta de las Tiendas: "El que tenga sed, que venga a mí y beba" (Jn 7,37). Regaló su agua desde que "se hizo carne y habitó entre nosotros".

Dio un sentido nuevo al agua que se derrama en el bautismo y da poder de ser "hijos de Dios" (Jn 1,12).

Y ahora, crucificado, el agua y la sangre brotan de las manos, los pies y el costado abierto. Jesucristo es el nuevo templo del que manan aguas cristalinas que van saneando los cauces y riberas y las van llenando de vida, como profetizó Ezequiel (Ez 47). Jesucristo crucificado, que grita "tengo sed", es la fuente que mana y corre, aunque es de noche.

Así lo vivió Juan de la Cruz que bebió de esta agua en Valladolid: "Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan (roto cuerpo) por darnos vida, aunque es de noche".

Así lo cuenta un cofrade: "Buscando agua de sentido en la soledad de un monasterio en las Batuecas encontré dos letreros: "Existe la sed porque existe la fuente capaz de apagarla". "Dios se da según la sed que tengas de El". ¿Y hoy? "No hay persona que en su vida, como la samaritana, no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar aguas contaminadas. Estamos llamados a sentarnos en los nuevos y viejos pozos de Sicar para proponer a las personas de hoy el agua siempre nueva y sanadora de Jesucristo" (Mensaje final del Sínodo, 1).

Queridos jóvenes ¿No salís con el cántaro de vuestra vida a llenarlo de sentido, de trabajo, de valores y os sentáis en muchos pozos que ofrecen pero no sacian? Uno de vosotros me ha confesado: "Tampoco la Iglesia, que

llamáis fuente de la villa, nos ofrece un agua cristalina”.

Hermanos: hoy vivimos por debajo de nuestras posibilidades porque teniendo el agua viva bebemos de cisternas contaminadas. Sed fuentes en medio de Valladolid, de vuestros pueblos o ciudades. No perdáis la sed y provocadla en otros “que para encontrar la fuente sólo la sed nos alumbró” (L. Rosales).

En esta plaza que siempre ha sido fuente; que ha saciado tanta sed profeso la fe en el agua regalada que es El Espíritu: Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida que, con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado. Creo que el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado y nos regala una mirada nueva sobre Dios, la Iglesia, los otros y el mundo.

Confieso que el Espíritu Santo es el protagonista de la nueva evangelización porque “Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos; Cristo queda en el pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia, una simple organización; la autoridad, una dominación; la misión, una propaganda; el culto, una evocación; y el actuar cristiano, una moral de esclavos”

Creo en el Espíritu Santo que tiene en Jesús, el Ungido, la obra maestra. Amén.

### **TODO ESTÁ CUMPLIDO**

*“Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: “Todo está cumplido”. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (Jn 19, 30)*

La cruz, árbol, puerta, casa, zarza ardiente y manantial se convierte ahora en vid que regala el vino nuevo de la fiesta, el mundo nuevo de la salvación, el tiempo nuevo de la fraternidad.

Si la primera mirada incluye las tres primeras palabras que se dirigen a los que le rodean. Si la segunda mirada incluye la cuarta y quinta palabra y se dirigen a Él mismo. La tercera mirada se dirige al Padre e incluye las dos últimas palabras antes de morir: Todo cumplido, me pongo en las mejores manos: las de mi Padre.

El compositor austriaco, Franz Joseph Haydn, bien lo expresa en su obra “Las siete últimas palabras de Cristo”. Es música para escuchar y orar también desde el teléfono móvil. También las Siete Palabras nos evangelizan con las nuevas tecnologías.

Al entrar en el mundo Jesús firmó al Padre un cheque en blanco. Su Si es fiel. Lo ha cumplido.

Cumple la tarea en Galilea, en Samaria, en Judea y también al otro lado del Jordán. Realiza la misión con los judíos y paganos. Pero especialmente se conmueve ante los pobres y los débiles. A todos enseña, con su vida entregada, el proyecto entrañable del Padre.

Jesús en la oración sacerdotal, casi al final de la jornada de la vida terrena, dice al Padre "Yo te he glorificado sobre la tierra, he llevado a cabo la obra que me encomendaste" (Jn 17,4).

Ahora en la cruz contemplamos cómo ha llegado a la meta. Ha realizado la dura y ardua tarea sin ningún tipo de dopajes ni corrupción. Pese al dolor, ha terminado bien la misión. Y grita: Todo está cumplido; todo está consumado. Todo está restaurado. La cruz es el culmen de una vida entregada. Su cuerpo roto es el cuerpo partido y entregado en la Eucaristía. La consumación de su obra mesiánica es la comunicación del Espíritu a su Iglesia.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, sobre todo Pedro y Pablo, testifican que en Jesús se han cumplido todas las Escrituras (Act 3, 18).

"Todo está cumplido" es la voz que sale hoy del Cristo del pueblo de Bercero que no solo lo ha prestado a la cofradía para unos días de pasión sino que en Él se entrega la vida generosa de los pueblos. En su grito, muchos somos de pueblos pequeños, nos preguntamos ¿es que todo está cumplido y consumado para el mundo rural?

Jesús ya consumado, es el mejor fruto salido de la semilla, de la que tanto habló en sus parábolas.

Es el ECCE HOMO, rechazado, despreciado, burlado, excomulgado, suspendido, echado en el basurero, apartado de la vista, que se convierte en el verdadero Ecce Homo que todo lo hace nuevo. En Él se resumen los valores y se descifra el misterio de Dios y del hombre. Es el Maestro.

Él es el orgullo de nuestra raza. Por Él estamos orgullosos de la aportación del cristianismo a la humanidad. Con Él experimentamos el camino de la cruz a la luz y sentimos el gozo de la fe que no consiste "en una decisión ética o en una gran idea sino en el encuentro con una persona viva que abre horizontes". En Él encontramos la respuesta a "¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios, para poder decir cada jornada y al final de la vida "todo está cumplido? "La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado" (Jn 6,29).

Es Viernes Santo. Todo se ha cumplido. No olvides esta lección de lágrimas y duelo. Todo se ha cumplido es un grito para realizar la tarea viviendo y no sobreviviendo.

¿Vivir desde la confianza absoluta en Dios, creciendo en las crisis y reconciliados, o sobrevivir en las apariencias y reduciendo a mínimos nuestras capacidades?

Con el “todo está cumplido” nos entrega lo nuevo para el Reino, para cumplir cada uno su misión. Nos deja su testamento:

Yo, Jesús de Nazaret, os entrego todas las cosas que desde mi nacimiento han estado presentes en mi vida y la han marcado de un modo significativo. La estrella de Belén, el pesebre, las sandalias, la palangana donde lavé los pies, el plato donde partí el pan, la cruz... y sobre todo, para que podáis decir cada jornada “todo está cumplido” os dejo los dos dones más preciados: la madre y el Espíritu.

También quiero dejar como legado a la humanidad entera las actitudes que han guiado mi vida y deseo que guíen también la vuestra. Están en las “siete palabras”.

La alegría, la humildad, mi Palabra, mi agua, mi hombro, mi perdón, mi Vida entera, YO MISMO.

Cumplid con libertad y alegría la misión encomendada por el Padre. Estaré siempre con vosotros. JESÚS.

Agradecidos por su vida cumplida, por su testamento profeso que sé de quién me fié y sé que Él me acompaña en la vida que es eterna.

CREO EN LA VIDA ETERNA que comienza en el Bautismo, va más allá de la muerte y no tendrá fin. Creo en los cielos nuevos y la tierra nueva donde habite la justicia. Creo que la verdad, la bondad y la belleza resplandecerán siempre. CREO en el Dios de la vida que tiene la última palabra.

### **PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU**

*“Era ya la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: Realmente, este hombre era justo” (Lc 23,44-47)*

La cruz: árbol, puerta, casa, zarza ardiente, manantial y vid se convierte en cayado del buen Pastor. El cayado que es sosiego y apoyo para el tránsito de la noche oscura a la mesa donde la copa rebosa (Sal 22). El cayado del nuevo Moisés que divide el mar para que los hijos del nuevo Israel pasen por lo seco a la tierra de la libertad (Ex 14,16)

Os hago una confesión. Mi padre, hombre de vida entregada, murió de un



infarto en el patio de la casa y encima de su cuerpo apareció el cayado que siempre lo acompañó. Yo lo llevo ahora como signo y apoyo. A veces lo dejo junto al Cristo de las Mercedes, el mejor pastor, para orar con el Himno: Pastor que con tus silbos amorosos me despertaste del profundo sueño, Tú me hiciste cayado de ese leño en que tiendes tus brazos poderosos.

Jesús, con esta última palabra que resume su vida, sigue orando y "cristificando" el Salmo 30: "A tus manos encomiendo mi espíritu: tú el Dios leal, me librarás... En tus manos están mis azares" (Sal 30,6.16).

Son las mismas palabras del responsorio breve de completas que toda la Iglesia recita y hace propias cada noche.

La primera y última de las Siete Palabras de Jesús es Padre. Si esto es normal en cualquier hijo ¿cómo no va a serlo en el Hijo Amado?

Padre ha sido la palabra más repetida en su mensaje del Reino. Dedicarse a las cosas del Padre ha sido su pasión: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?" (Lc 2,49), dirá a María y a José en el templo a los doce años.

La confianza en el Padre ha sido el perfil de su vida y por el Padre ha sido llevado de la mano cada jornada al puerto más cercano, al agua más serena" (Himno de lunes en Completas).

¿A quién nos agarramos y entregamos nuestro Espíritu? Pocas veces a las manos del Señor. Si así fuera los valores cristianos prevalecerían más en las familias y ambientes laborales y cuántos problemas evitaríamos.

Jesús crucificado, se agarra y abandona en las manos del Padre. "Como el niño que no sabe dormirse sin cogerse a la mano de su madre (padre) así mi corazón (mi espíritu) viene a ponerse sobre tus manos al caer la tarde" (himno de jueves en la oración de Completas).

Al caer la tarde, en nuestra hora de nona, Jesús nos enseña dónde agarrarnos y quien nos saca de las aguas caudalosas (Sal 18,16).

Permitidme dar voz a un matrimonio de la Parroquia del Salvador que vivió la muerte de un hijo de 6 años: "A nosotros "Rosi y Alberto" nos resuena cada día esta palabra de Jesús. La última palabra que pronunció nuestro hijo Gonzalo fue precisamente "mamá"; sabemos, porque así nos lo dice nuestra fe, que en todo momento tenemos un padre, un Abba que nos sostiene aunque humanamente todo falle y el sentimiento de fracaso nos ronde. Él no deja de mirarnos, de derrochar gracia.. La confianza que demostró Jesús crucificado nos habla de un Amor ciego que se rinde ante quien lleva grabado su nombre en la palma de su mano".

En la palma de la mano de nuestro Dios duerme ya la noche, la muerte

proclama el himno de miércoles en Completas. En las manos de Dios hay un lugar para todos.

La oración del ritual de exequias, después de colocar el cuerpo en el sepulcro, también pone al que ha muerto en las mejores manos: “A tus manos, Padre de bondad, encomendamos el alma de nuestro hermano con la firme esperanza de que resucitará. Te damos gracias por todos los dones con que lo enriqueciste a lo largo de su vida; en ellos reconocemos un signo de tu amor y de la comunión de los santos”

Meditando esta séptima palabra de Jesús Carlos de Foucauld hace su oración de confianza: “Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que Tú quieras; sea lo que sea, te doy las gracias... te amo y necesito darme, ponerme en tus manos, sin medida, con una confianza infinita porque Tú eres mi Padre”. Esta palabra la dice Jesús con voz potente. Más fuerte que el sonido del Shofar que está a punto de anunciar el inicio del descanso de la Pascua. El grito de Jesús es más que voz. Su fuerte clamor es de parto. Nace un mundo nuevo y se rasga el velo del templo.

Todo su espíritu lo recoge el Padre en sus manos creadoras que modelaron el barro para crear a la persona y formaron un cuerpo en el seno de María (Hb 10,5). Lo recoge en sus manos dadoras de vida (Sal 18,17) y resucitadoras. Esa acogida, ese encuentro es un AMÉN. Es el Sí de Dios al hombre (no te dejaré nunca) y Sí del hombre a Dios (aquí estoy para hacer tu voluntad). El Padre, que no abandona jamás, regala a cada uno, a su Iglesia en el día de Pentecostés el Espíritu que Jesús entrega.

Él alienta a toda la Iglesia para que confiese, celebre y viva por la fe.

Por la fe, María acogió la palabra; por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro; por la fe los discípulos formaron la primera comunidad; por la fe, los mártires entregaron su vida; por la fe, hombres y mujeres de toda edad y tiempo han consagrado su vida a Cristo, también nosotros vivimos por la fe (Porta fidei 12); por la fe somos cofrades, catequistas, misioneros,...

En este encuentro de Cristo con el Padre, de cada uno con Dios profeso AMÉN. AMÉN es el final del credo. “Quien dice Amén pone su firma” dice S. Agustín. Confieso que Cristo es el Amén definitivo de Dios para nosotros. Puedo decir Amén incondicional únicamente porque Jesús se ha revelado para nosotros en su muerte y resurrección como fiel y digno de confianza (Youcat 165). Digo Amén porque a Dios no se le va la historia de las manos. Digo Amén aunque “yo sólo soy un peregrino”. Mi Amén es Ecce (He aquí) y Fiat (Hágase).

Ha muerto Jesús “Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho” (Lc 23,48).

Hemos asistido al drama de Jesús, a la tragedia del Gólgota, a la misa en el monte Calvario. En las vísperas de su arribada a la fe Julen Green frecuenta la Eucaristía. Al salir, ya en el atrio, le entristecen las ideas banales, las palabras vacías. Y comenta: “¡Qué pena de cristianos! Bajan del Gólgota y van hablando del tiempo”. Bajamos del calvario y podemos hablar del tiempo, del nuevo kairós porque ser cofrade, escuchar las palabras de Jesucristo implica mojarse en su proyecto, empaparse de su Palabra.

Y Jesús, envuelto en una sábana fue colocado en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía (Lc 23,53).

En el silencio y oración, con los sentidos bien abiertos, esperamos el gran pregón, que no es el de las siete palabras sino el de la Resurrección.

Y en la alegría pascual escucharemos el mandato, lema también de la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, “Id y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19).

Queridos todos: Confesar, caminar, construir y custodiar son cuatro verbos con C que sintetizan las palabras de Jesús y nos ha subrayado el papa Francisco. Con los ojos y el corazón en el Santísimo Cristo de las Mercedes, titular de la cofradía, oremos para hacer vida la palabra:

“Señor Jesús, a tu amparo nos acogemos para que confesemos en todo lugar y con gozo nuestra fe. Que caminemos tras tus huellas como discípulos apasionados que hacen del amor a Ti fundamento y guía de la vida. Que construyamos la Iglesia pobre y humilde en medio del mundo siendo piedras vivas. Que custodiemos la naturaleza, la vida, los más pobres: el tesoro de las siete palabras. Derrama tus mercedes sobre todos y así podremos gozar de tu Gloria, como el Buen Ladrón, en el Reino de los Cielos. AMÉN”

